

ACLARACIONES

AL

LIBRO DÉCIMOQUINTO

(A) pág. 53.

FRAY JERÓNIMO SAVONAROLA.

Gismundo Naldi se muestra muy enemigo de fray Jerónimo en una carta inserta en los *Diarios* manuscritos de Marin Sanuto. Este último también le trata de malvado, y puede dar idea de la exageración con que se hablaba de él en Venecia.

« Se han recibido noticias de Florencia diciendo que fray Jerónimo fué preso y sometido al tormento; sufrió siete veces el de la cuerda, abriéndose al fin por bajo los brazos, de suerte que fué preciso interrumpir el acto. Le querían aplicar otras clases de tormentos, como por ejemplo, el de la tranca. Confesó muchas cosas, entre ellas siete herejías, á saber, que hacía dos años había dicho muchas veces misa sin consagrar la hostia; que había comulgado con hostia no consagrada, en especial á 2,000 personas comulgadas últimamente; que tenía algunos frailes en Florencia, los cuales confesaban, y luego le descubrían los secretos de los principales señores de Florencia, y Savonarola los decía á alguno, ó desde el púlpito, pretendiendo saberlos por inspiración divina; que quería hacer á Francisco Vallori dictador perpetuo, y que no creía en Dios. También declaró otras cosas, sobre todo el milagro de la lamprea que le enviaron, y que hizo envenenar, fingiendo que le había sido enviada para envenenarle, y que lo sabía por inspiración divina; á fin de que se le creyese, dió la lamprea á uno, que espiró, no bien la hubo comido. Como se le preguntase por qué se conducía así, respondió que por el juramento que había recibido de Carlos, rey de Francia, en Florencia, el cual quería invadir la Italia, y tenía en él puesta su confianza; por esto predicaba en su favor, y quería hacerse cardenal. Ahora bien, concluido dicho proceso, y leído en el consejo, estimó el pontífice conveniente verlo, y envió á Florencia á maese Joaquín Turiano, general de la orden de Predicadores, con un comisionado suyo, que llevaba el encargo de examinar el citado proceso y obrar en justicia contra Savonarola y demás frailes. Parece que los diputados han decidido, que habiendo Savonarola confesado tales herejías el día 29 de diciembre, el sábado siguiente debería ser, en unión de dos frailes, esto es, fray Domingo y fray Silvestre, ahorcado y quemado, degradándosele primero. Sin embargo, esto se demoró por haber escrito el duque de Milan, diciendo que deseaba ver el proceso ántes de que se les diese muerte. Los Florentinos, para condescender con lo que pedía el de Milan, en-

viaron una copia á esta ciudad, y fray Jerónimo cuando entendió que iba á morir, convencido de que merecía su suerte, pidió tres gracias: primera, que no se le entregase al papa, contra quien había predicado; segunda, que no se le sentenciase á morir á manos de los muchachos de Florencia, entre los cuales había tenido tantos sectarios; tercera, que no se le quemase vivo. Los Florentinos así se lo prometieron. »

Burcardo (*Diarium Curie romanae sub Alexandro VI papa*), el cual es naturalmente enemigo de fray Jerónimo, aduce muchas declaraciones de frailes dispuestos y que se ofrecieron á marchar á la hoguera para probar las conclusiones de Savonarola y la nulidad de la excomunión. Se prestaron también á ello todos los frailes de Prato, al pié de cuya declaración escribió Savonarola lo siguiente:

« Yo, fray Jerónimo de Ferrara, vicario indigno de la congregación de San Marcos y de la orden de Predicadores, acepto todas las ofertas de los frailes que se encuentren al presente en San Marcos y Santo Domingo de Fresole, y prometo dar uno, dos, tres, cuatro, diez, cuantos se necesiten para esta obra, es decir, para caminar á la hoguera en prueba de la verdad que proclamo; y confío en Nuestro Señor y Salvador Jesucristo y en su verdad evangélica, que cada uno de los que yo dé, saldrá ileso y sin daño de ninguna especie. Si tuviese en el particular la menor duda, no le daría, para no cometer un homicidio; en señal de ello he escrito al pié estas palabras de mi propia mano y para la salud de las almas y confirmación de la verdad de Nuestro Salvador Jesucristo, *qui solus facit magna et mirabilia et inscrutabilia, cui est honor et imperium sempiternum, amen.* »

Habiéndole después algunos reprendido el que no se atreviera á someterse por sí mismo á aquella prueba, publicó una apología que principia como sigue:

« Responderé brevemente, en vista del tiempo escaso con que cuento, á algunas objeciones que se os han dirigido sobre el experimento propuesto para probar la verdad de nuestras cosas con el fuego. En primer lugar, y en cuanto á no haber aceptado el ir en persona á la hoguera con el predicador de Santa Cruz, observante de Menores, contesto, que no lo he verificado, tanto porque él ha declarado en público querer ejecutarlo, no obstante la creencia que tiene, según dice, de que va á arder para probar que la excomunión lanzada contra mí es válida, y á mí no me precisa demostrar por medio del fuego que es nula, pues lo he demostrado ya con tales razones, que ni aquí ni en Roma se ha encontrado quien respondiese á ellas, como porque la primera vez me propuso combatir conmigo, si no en general con

cualquiera que le contradijese. Es verdad que, ofreciéndose luego á ello fray Domingo de Pescia, alegó la excusa de que no quería habérselas sino conmigo; pero el entrar yo en el fuego con un solo fraile, no produciría á la Iglesia la utilidad que requiere una obra tan grande, cual es la que Dios ha puesto en nuestras manos. Así, me he ofrecido, y de nuevo me ofrezco á hacer dicho experimento, siempre que los adversarios de nuestra doctrina, en especial los de Roma y sus adherentes, consientan en confiar su causa á este padre ó á otro. En tal caso, confío en Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y no dudo de que caminaré por el fuego, como Sidrach, Misach y Abdenago por el horno ardiendo, no á causa de mis méritos ó virtudes, sino por virtud de Dios, el cual querrá confirmar su verdad, y manifestar su gloria de este modo. Pero, á la verdad, me admiro mucho de tales objeciones, porque habiéndose ofrecido unánimemente todos mis frailes, que son cerca de trescientos, y muchos otros de diversas religiones cuyas firmas obran en mi poder, y al mismo tiempo muchos sacerdotes seculares y ciudadanos, todas nuestras monjas y las de otras varias religiones, otras muchas mujeres ciudadanas y doncellas, y por último, esta mañana, que estamos á 1.º de abril, otros millares de personas de las que se encontraban en San Marcos oyendo el sermón con fervor extraordinario, gritando cada cual: *Vedme, Señor, vedme; yo marcharé á la hoguera por vuestra gloria*. Si alguno de estos, yendo bajo mi fe, y para obedecer mi mandato, como todos han prometido hacerlo, ardiese en el fuego, ¿quién no conoce que yo, y toda esta obra y empresa de Dios se arruinaría conmigo, y que yo no podría volver á presentarme en ningún sitio? Por lo cual, no es preciso que aquel predicador pida otro contrincante que el antedicho fray Domingo, predicando contra el cual el año pasado, tuvo alguna discordia con él. Y si dijese que á lo ménos las cosas anunciadas por nosotros de una manera profética requerirían, para que las creyese, que las probase yo con milagros, respondo que no obligo al hombre á creer más de lo que le parece creíble, limitándome á exhortarle á vivir rectamente y como cristiano, pues este es el milagro que puede inducirle á creer nuestras cosas, y las demás verdades que proceden de Dios. Y aunque nos hayamos propuesto probar cosas grandes que deben manifestarse, y digamos que están cerradas bajo llave con signos sobrenaturales, no hemos dicho por eso que haríamos tales signos para anular la excomunión, pues aun no ha llegado nuestro tiempo; cuando llegue, Dios no dejará de cumplir sus promesas: *quia fidelis Deus in omnibus verbis suis, qui es benedictus et gloriosus in omnia secula seculorum, amen.* »

En el mismo Burcardo tenemos una sabia carta de Alejandro VI á Savonarola, donde supone en él sencillez y exceso de celo, y por lo mismo le invita á hacer penitencia. Savonarola le contesta con otra larga, rebatiendo una á una las imputaciones, refiriéndose al testimonio de todo el pueblo que le había oído y de los libros impresos por él, negando llamarse profeta como también haber dicho que Dios le había enviado directamente; impugna sobre todo la acusación de sembrar enemistades.

« Certe, beatissime pater, notissimum est non solum Florentiæ, sed etiam in diversis Italiæ partibus, quod meis verbis secuta est pax in civitate Florentiæ, quæ si non fuisset secuta, Italia fuisset perturbata. Quod si verbis adhibita fuisset fides, Italia nodie non hoc modo quateretur; nam illius prævidens afflictiones, licet a multis semper fuerim derisus, pronuntiavi gladium venturum, ac pacis remedium ostendi solum esse; unde Italia universa gratias pro me Deo agere deberet. Docui enim eam remedium tranquillitatis, quod quidem servans Florentia jam habet quod non haberet; et si similiter faceret tota hæc Italia,

gladius nequaquam per eam transiret: quid enim docere potest penitentia? »

Fray Jerónimo ha dado materia para algunas obras recientes, en algunas de las cuales es mirado como apóstol del liberalismo, en otras como precursor de los reformistas, no faltando quien le considere como mártir. M. Rio, en su libro malamente interrumpido *De la poésie chrétienne dans son principe, dans sa matière et dans ses formes* (Paris, 1836), le consideró por el lado artístico, siempre atento á restaurar su memoria. Véase á continuación este trozo:

« Aquí nosotros no queremos sino asistir, como amigos del arte y de la poesía cristiana, á la lucha viva, dramática é imponente sostenida por un simple fraile contra su siglo, á la faz de toda Italia, con el objeto de restablecer el reino de Cristo en el corazón, en el espíritu y en la imaginación de los pueblos, y de extender el beneficio de la redención á todas las facultades humanas y á sus producciones. El enemigo contra quien él combatió con todas las fuerzas de su alma, con todo el poder de su palabra, es el paganismo, cuyas huellas encontró en todas partes, en las bellas artes como en las costumbres, en las ideas como en los actos, en el claustro como en las escuelas de aquel siglo.

Cuando, á la edad de veintidos años, Jerónimo se hizo fraile, su predilección por Santo Tomás de Aquino le había hecho decidirse por los Dominicos, á cuya orden había pertenecido el sabio doctor; pero con la firme resolución de permanecer toda su vida fraile lego, á fin de evitar de este modo la aglomeración de estudios profanos y escolásticos, que alejaban tan desgraciadamente de la meta que se había propuesto el fundador. No obstante, Savonarola profesó en un convento de Bolonia, y hasta venció la repugnancia hacia la filosofía de Aristóteles, tan pronto como sus superiores le mandaron explicarla; solo que tuvo cuidado de eliminar de ella las cuestiones ociosas, y de exaltar, cada vez que la ocasión se lo brindaba, la superioridad de la Sagrada Escritura comparada con las autoridades filosóficas.

El estudio de la palabra de Dios, cual está contenida en el Antiguo y Nuevo Testamento, fué desde entonces su pasión dominante, y al cabo de algunos años, su palabra hasta entonces humilde é inanimada, llegó á ser penetrante y victoriosa en la cátedra de la verdad, lo mismo que en las conversaciones familiares (1). En un cabildo provincial celebrado en Reggio, el célebre Juan Pico de la Mirandola se quedó tan maravillado de su elocuencia, y tan prendado de la belleza de su alma, que después no le parecía posible vivir sin él (2), é inmediatamente habló á Lorenzo de Médicis con tal calor, que este hizo volver á Savonarola á Florencia y le hizo lector en el convento de San Marcos.

En aquel retiro, bajo un gran rosál de Damasco, adorno principal de jardín, empezó (1459) la serie de sus sermones ante un auditorio poco numeroso al principio, pero que luego se aumentó hasta el punto de verse obligado á trasladarse á la iglesia del convento; esta se encontró también demasiado angosta para la creciente afluencia de oyentes extranjeros; de manera que al siguiente año se permitió á fray Jerónimo, que había sido elegido prior de San Marcos, reunir un número mucho mayor en la espaciosa catedral de Florencia.

Sus primeros sermones fueron una tremenda interpretación de algunos pasajes del Apocalipsis, de los

(1) Los primeros sermones de Savonarola tuvieron tan mal éxito, que al fin de la cuaresma no contaba más de treinta oyentes, á quienes anunció que, de allí en adelante, en vez de predicar, se dedicaría únicamente al estudio de la Sagrada Escritura.

(2) BURLAMACHI, *Vita di frà G. Savonarola*; edic. de Venecia, pág. 39.

cuales deducía con el acento y la autoridad de un profeta la proximidad de una gran crisis para la Iglesia de Dios y de inauditas tribulaciones para los pueblos, si no buscaban en la penitencia un escudo contra la cólera divina. La Italia, invadida por los Franceses, y Florencia ocupada por un príncipe extranjero, justificaron las predicciones que concernían especialmente á los Florentinos, y efecieron á Savonarola la ocasion de figurar como su libertador: de donde provino que el reconocimiento y la veneracion hácia el enviado de Dios se unieron al entusiasmo que ya se sentía por el predicador; y estos sentimientos unidos produjeron un efecto vivo y contagioso en todas las clases, de suerte que parecía propiamente una iglesia primitiva (1). Para recoger su parte de aquel maná milagroso que caía en abundancia del cielo, los habitantes de las quintas y aldeas vecinas abandonaban sus casas, y los rudos montañeses bajaban de las faldas del Apenino y se dirigían á Florencia, donde cuadrillas de peregrinos entraban en tropel cuando se abrían las puertas al apuntar el día, deteniéndoles allí la caridad verdaderamente fraternal de que eran objeto, pues á porfía se les tributaban los deberes de la hospitalidad cristiana. En las calles se abrazaban como hermanos, aun sin conocerse de nombre, y hubo piadosos ciudadanos que acogieron en sus habitaciones hasta cuarenta de una vez (2).

Siempre que se reflexiona que aquel entusiasmo se sostuvo por espacio de siete años consecutivos, que fué preciso predicar separadamente á los hombres, á las mujeres y á los niños, porque todos no cabían en la catedral, y que este inaudito triunfo era alcanzado en medio de los rabiosos aullidos de la facción de los *Tiepidi*, que no cesaban de denunciarle á la corte de Roma y amenazarle con la horca, no se sabe qué admirar mas en Savonarola, si su inagotable fauenda como orador evangélico, la facilidad que su alma tenía de sobreponerse á las tempestades populares, ó su confianza verdaderamente sobrehumana en un apoyo supremo que no podía faltarle (3).

Era necesario semejante socorro para purificar lo que había sido contaminado por el paganismo, pues ni una sola parte de las ciencias ó de las artes, ni una sola facultad del entendimiento se había librado de aquel contagio. A fuerza de prosternarse ante el viejo ídolo, había llegado á causar hastío la ignominia del Calvario, y Burlamachi dice que Savonarola halló á Florencia llena de personas nobles, ingeniosas, hábiles, sabias, que no solo habían perdido la fe, sino que hacían burla de los que la conservaban, y mas aun de los que la defendían (4). Artistas de primer orden confesaban ingenuamente que jamás la habían tenido; y entre los que conservaban alguna templanza para evitar el escándalo, la profesion del Cristianismo se limitaba ordinariamente á meras prácticas exteriores. Los maestros públicos, en su mayor parte, no daban sino manjares cargados de ponzoña al entendimiento de la juventud, inclinando por sistema la admiracion hácia las fábulas de la mitología griega, ó hácia los héroes de las repúblicas antiguas, sin dejarlos sospechar siquiera que el Cristianismo había tenido tambien los suyos, superiores á todos los demas. Por el contrario, entre las obras profanas, elegían la que era mas á propósito para corromper á un tiempo el entendimiento y las costumbres, y á pesar de cuanto los historiadores contemporáneos han dicho sobre la corrupcion de aquel siglo, sorprende

(1) BURLAMACHI, *Vita di frà G. Savonarola*; edic. de Venecia, pág. 39.

(2) BURLAMACHI, id.

(3) Había clérigos y frailes que negaban la absolucion á las personas que intervenían en los sermones de Savonarola. — Véase el sermón del miércoles de Pascua de 1495, en la coleccion impresa en Florencia el año siguiente. Un tomo en 4°.

(4) BURLAMACHI, pág. 89.

encontrar entre los libros que Savonarola pedía se excluyesen de las escuelas las lascivias de Tibulo y Catulo, y hasta el *Arte de amar* de Ovidio (1), que, sin embargo, casi merece llamarse una obra ejemplar comparada con otra coleccion, cuyo solo título revela toda su infamia, y contra la cual el santo predicador pidió formalmente un edicto de proseripcion (2). Á tanto llegaba la perversidad de los doctores clásicos y la funesta ceguedad de las familias.

Este sistema profano de educacion seguía usándose bajo otra forma en la enseñanza superior de las universidades y de los claustros, sin exceptuar el de los Dominicos, aunque las constituciones de Santo Domingo prohibían el estudio de la filosofía escolástica, excepto el caso de dispensa (3). La lógica de Aristóteles, sobrecargada de nuevas sutilezas, sometía á sus métodos áridos, frios y regulares la misma ciencia teológica, es decir, la que por su naturaleza está mas libre de tales embarazos. Ni aun la autoridad de la Biblia era reconocida plenamente, sino en cuanto tenía la fortuna de hallarse conforme con la del filósofo peripatético. ¿Qué digo? El estudio de los libros sagrados, y particularmente del Antiguo Testamento, estaba tan olvidado, que á los pocos que se dedicaban á él, les presuntaban otros con ingenuidad, qué fin llevaban en semejante lectura, y qué fruto se prometían sacar del conocimiento de sucesos pasados y cuya realizacion contaba tantos siglos? Esta pregunta indica una estupidez tan grosera que no se creeria, á no haber sido dirigida al mismo Savonarola, durante su noviciado, por un fraile de vida ejemplarísima en todo lo demas, y de excelentes intenciones (4).

Por tanto, la elocuencia del púlpito había degenerado en un modo de argumentar puramente escolástico: « Son las sutilezas para los filósofos como polvo, » dice el mismo fray Jerónimo, y los predicadores » de mayor fama hacen de esta filosofía, de la Sagrada Escritura y de la lógica una mescolanza que » venden desde los púlpitos sin cuidarse de las cosas » de Dios y de la fe (5). »

Bienaventurados fueron tambien esta vez los pobres de espíritu; pues cuando Savonarola comparció, la abundancia y la oportuna eleccion de sus citas bíblicas resonaron en aquellas almas sencillas como un nuevo trueno, y pareció que el mismo fuego les había inflamado los corazones, y á él los labios. Ya no amenazaba á los pueblos en su nombre con castigos inminentes y terribles, ni en su nombre exorcizaba la ciencia y las artes, invadidas por el demonio del paganismo, sino que lo hacía á nombre de los profetas que habían invocado la desventura contra todo el que doblase la rodilla ante los ídolos. Para él Amos era el tipo de aquella ruda y enérgica sencillez de que Dios gusta servirse á fin de confundir la doctrina de los sabios (6); y las profecías del pastor de Thecne, por el acierto con que Savonarola las aplicaba, parecían especialmente dirigidas á la idolatría intelectual, en que Florencia estaba sumida entónces. Cuando el profeta, hablando del delito irremisible del pueblo de Israel (7), le reprende haber bebido en la taza de los réprobos, *vinum damnatorum biberunt*, su intérprete dice á los Florentinos que aquel maldito breva je es el paganismo con todos sus antiguos recuerdos, los deleites y las ceremonias profanas (8).

(1) Véase el fin del sermón para el III domingo del adviento de 1495, en la coleccion citada.

(2) Véase el fin del sermón del lunes, despues del III domingo de cuaresma.

(3) Sermón del dicho lunes.

(4) Sermón para el V domingo de cuaresma.

(5) Sermón para el IV domingo de cuaresma.

(6) « Dios no eligió á un filósofo, sino á un pastor, á un hombre sencillo, y quería que se le creyese: » Sermón del II domingo de adviento.

(7) Amos, cap. 2, vs. 6, 8.

(8) Sermón del miércoles, despues del I domingo de cuaresma.

Los que juran por el pecado de Samaria, *qui jurant in delicto Samariae*, son por una parte los jóvenes de Florencia, que arrastrados del orgullo, corren tras de la lógica y la filosofía, y por otra, los profesores de teología, doctos en las vanas sutilezas que constituyen eternamente las disputas de escuela (1). Así los que gritan: viva el camino de Beerschabah, *vivit via Bersabe*, son los doctos que miran la ciencia como su ídolo, sin querer elevarse á la causa primera, sino por medio de la luz de su razon: la prohibicion hecha por Isaac á su hijo Jacob, de elegir esposa entre las hijas de Canaan, era un aviso profético á los Cristianos para que no buscasen la verdad en los libros de los filósofos (2): entre las siete plagas de Egipto, había á lo ménos tres que la imaginacion de Savonarola adaptaba á un significado análogo (3): los Judíos que se fastidian del maná en el desierto y suspiran por los peces de Egipto, son la imagen de los Cristianos, que teniendo á la mano la palabra misma de Dios, la olvidan para entregarse á estudios profanos (4): en el relato de la pesca milagrosa, cuando San Pedro se queja de haberse fatigado en vano toda la noche (5), Savonarola aplica este lamento á la esterilidad de los sermones modernos; á fuerza de predicar retórica y filosofía, la luz de la fe se había ofuscado, sobreviniendo una oscura noche en que los predicadores echaron las redes sin coger nada, esto es, sin salvar las almas; pues en medio de tan extraordinaria abundancia de sermones, el espíritu de Dios había cesado de vivificar la elocuencia, y los oradores estaban mas que nunca distantes de la fe (6). Con esta preocupacion fija y este celo ferviente, es fácil figurarse lo persuasivo y patético que pareciera Savonarola, siempre que recomendaba á su auditorio los libros santos, y hablaba de los consuelos que él mismo había encontrado en su lectura.

« Hombre tibio, decía, aproxímate; la fe es una luz » sobrenatural que te detiene y hace creer cosas sobrenaturales. Algunos pretenden que la lógica y la filosofía confirman la fe: eres un necio si imaginas » que una luz superior necesita ser confirmada por » otra inferior. Persuádate de que Cristo era sabio, y » ha hecho la Sagrada Escritura de manera que no » tiene necesidad de ciencia secular... Se lee que en » el concilio de Nicea, queriendo aquellos sabios » obispos convencer con razones á un filósofo, les fué » imposible lograr su objeto, y despues un hombre » sencillo le atrajo en un instante á la fe. El filósofo » dijo á los obispos: *Vobis pro verbis verba dedi...* » Id á todos los estudios y veréis que hay allí doctores pagados para leer lógica y filosofía; que las » leyes y todas las artes cuentan con maestros; pero » nadie hay que enseñe la Escritura Santa; el que » desee saberla, que la aprenda por sí. ¿No ves que » cuando quieres sujetar la fe á la filosofía y á la » lógica, la rebajas y envileces? Toma la ley y créela » sencillamente. Pretendes hacer como David cuando » trató de matar á Goliath, esto es, empuñó las armas » de Saul y luego no podía moverse; pero en cuanto » volvió á sus piedras y arrojó las armas, venció. » Del mismo modo tú no debes armarte de lógica y » filosofía, sino de fe sencilla (7).... La Escritura de-

(1) Sermón del miércoles, despues del IV domingo de cuaresma.

(2) Sermón del viernes santo.

(3) Véase el notabilísimo sermón del miércoles de la sétima semana, donde se hallará un trozo decisivo sobre las indulgencias y el derecho que tiene el papa de concederlas. Es seguro que los protestantes no hubieran admirado tanto á Savonarola, si hubiesen leído este sermón y muchos otros de la indicada coleccion.

(4) Sermón del miércoles; es uno de los mas bellos, y versa todo sobre la Eucaristia; los enemigos mas encarnizados de Savonarola no pudieron negar su ortodoxia.

(5) LUCAS, cap. 5, vs. 5.

(6) Sermón del miércoles de Pascua.

(7) Sermón del lunes, despues del III domingo de cuaresma.

» leita mucho con la esperanza que promete de las » cosas divinas; y así como el hombre, cuando se » fatiga en medio del camino, se sienta y descansa, » de la propia manera la Escritura deleita mucho al » hombre atribulado, y él descansa en ella, se sienta, » disfruta un gran placer y llora de enternecimiento » al contemplar la bondad de Dios, que allí se ve, y » manifiesta á su amado Cristo (1). »

En otra parte dice á Florencia, que aunque se conduzca contra él como mejor le agrade, no por eso conseguirá destruir su obra, pues es obra de Cristo; viva ó muera la semilla esparcida en los corazones fructificará: los enemigos podrán expulsarle de la ciudad; pero no por eso se afligirá, pues encontrará un desierto donde acogerse con su Biblia, y disfrutar un reposo que á sus conciudadanos no les será posible turbar (2).

Algun entendimiento superficialmente filósofo no verá en esto mas que una lucha momentánea entre un fraile ignorante y fanático por una parte, y por otra la inteligencia humana, cuya marcha nada alcanzaria á detener. Sin embargo, aquel fraile sabia, por lo ménos, tanto como sus adversarios de mas valía en los estudios profanos, que él no pretendía trastornar enteramente, sino subordinarlos á los estudios cristianos; conocía lo mismo que ellos los anales de Grecia y de Roma; pero no los hallaba ni mas gloriosos, ni mas instructivos que los de las naciones que se habían presentado en la escena del mundo con la bandera de la Cruz. Tambien en la antigüedad negaba el primer lugar á los que, como Tito Livio y Tucídides, no habían escrito mas que la historia de lo pasado, y lo pedía para los historiadores hebreos, únicos que habían consignado en el mismo libro la relacion de lo pasado con la historia figurativa de lo porvenir (3).

Es necesario confesar que hay algo de sublime y de profundamente cristiano en esta repugnancia hácia lo que ya no existe, ni debe volver á existir: el instinto de la perpetuidad es inseparable del de la inmortalidad, y este fué desarrollado por el Cristianismo, de manera que el punto de vista cambió enteramente en los estudios históricos para todo el que llegó á la plenitud de tal desarrollo. Esto puede ya observarse en los bosquejos informes de historia universal ensayados por los escritores eclesiásticos en los primeros siglos de la edad média; luego, con todos los caracteres de perfeccion y de unidad, en el incomparable discurso de Bossuet; y puede encontrarse el germen de ello en muchos pasajes de los sermones de fray Jerónimo. Para confundir el entusiasmo de los eruditos, fijos constantemente en la antigüedad clásica, les mostraba en el Oriente las infelices reliquias de esta raza griega, consumida por la lepra intelectual, convertida en incurable por su cisma, é impotente para sacudir el yugo tanto de los Bárbaros como del error (4). En Occidente, lejos de alejar á sus oyentes del espectáculo de la grandeza romana, se complacia en desplegar á sus ojos aquel majestuoso cuadro, con objeto de hacer resaltar mas la conquista de la ciudad eterna hecha por Cristo, que había puesto tanta magnificencia á los pies de un simple pescador; y entónces parecia entonar un cántico de triunfo parafraseando aquellas palabras de Isaías: « Civitatem » sublimem humiliabit, conculcabit eam pes pauperis, » gressus agenorum (5); » la ciudad orgullosa será humillada y conculcada por el pié del pobre y el paso del indigente.

(1) Sermón del miércoles, despues del IV domingo de cuaresma.

(2) Sermón del miércoles, despues del III domingo de cuaresma.

(3) Sermón del III domingo de adviento.

(4) « Que resultó de las herejias y los pecados del Oriente y de los Griegos? Que cayesen todos en poder de los infelices. » Sermón del viernes, despues del II domingo de cuaresma.

(5) Sermón del miércoles, despues del IV domingo de cuaresma.

Para dar una dirección más cristiana á la educación pública, no se debía contar con las generaciones que habían vivido en la costumbre de mirar el descubrimiento de un manuscrito griego ó latino como uno de los mayores beneficios del Cielo; era preciso esperar á que aquellos doctos ancianos, *duros como piedras* (1), bajasen uno despues de otro al sepulcro, y preparar con instituciones dignas de un pueblo cristiano la venida de una nueva generación, en favor de la cual invocaba especialmente las bendiciones de Dios.

Pudiera hacerse una admirable colección de todas las alocuciones elocuentes que Savonarola dirigió á los adolescentes que formaban parte de su auditorio. Nunca el corazón del predicador se había sentido más conmovido que cuando hablaba á esta inocente y predilecta porción de su grey, y los llamaba á recoger un día el fruto de sus fatigas, y velar por la suerte futura de la patria (2); pero entretanto preparaba tan feliz porvenir poniendo á su alcance las grandes verdades de la fe, y promoviendo saludables reformas en la educación doméstica. Decía á las madres, que faltaban á su más sagrado deber haciendo «criar á sus hijos por gente grosera, con lo que llegan á ser luego espíritus groseros, mostrándose ya libidinosos, ya iracundos, ya coléricos, pues los hacen amamantar hasta por esclavas, y aquella primera leche influye mucho en el niño (3).» Decía á los padres, que tenían obligación de dar á sus hijos el grado de instrucción necesario para el desarrollo de sus disposiciones naturales (4); y á esta educación elemental, en que comprendió el estudio de las lenguas muertas, quería principalmente Savonarola dar una base y una dirección más en armonía con el objeto de las sociedades cristianas.

Estaba tan distante de querer proscribir las obras maestras que los antiguos dejaron como huellas luminosas de su tránsito por el viejo mundo, que las admitía, al contrario, de buen grado, como auxiliares de la civilización moderna, é instrumentos de cultura para la imaginación y el buen gusto; pero la facultad de apropiarse estas decoraciones extranjeras, no debía impedir que la base y el coronamiento del edificio fuesen tomados solo del Cristianismo. Aprobaba que los profesores de Florencia pusieran á sus discípulos en estado de conocer el genio de Homero, de Virgilio, de Cicerón, sin que las traducciones se interpusiesen como cuerpos opacos entre estas grandes lumbreras y ellos; pero como desde el punto donde se había situado el genio de algunos padres de la Iglesia, aparecía más profundo y elevado, y con esta ventaja en la sustancia equilibraba por lo ménos la inferioridad de las formas, pedía que las mejores obras de San Jerónimo y San Agustín, particularmente el libro de la *Ciudad de Dios*, se admitiesen en número igual que las profanas, á fin de que los jóvenes, decía, no tuviesen nunca una lección de los gentiles sin otra de los Cristianos (5). Por esta razón quería santificar la

(1) Mira á todos los que hoy siguen la doctrina de aquellos filósofos, y los encontrarás duros como piedras. Sermon del martes despues del IV domingo de cuaresma. — Los tibios, y especialmente los ancianos, que tienen el vicio en la parte intelectual, no pueden convertirse. Sermon del V domingo de cuaresma.

(2) Sermon del III domingo de cuaresma.

(3) Sermon del sábado santo. Estas cosas se decían, pues, ántes del *Emilio* y de la escuela de los filántropos.

(4) Sermon del lunes, despues del III domingo de cuaresma. En punto á educación cristiana es el discurso más notable de toda la colección.

(5) Burlamachi dice en la página 93, que se había empezado á enseñar la gramática á los niños en las obras de San León y San Jerónimo, y á explicar el tratado *De officiis* de San Ambrosio; y añade que Savonarola había escrito un opúsculo para alejar á los jóvenes de la lectura de los poetas licenciosos. En la justificación que los magistrados florentinos dirigieron á la corte de Roma, se decía que fray Jerónimo

quería se enseñase á la juventud la historia del Redentor y de los Santos. BARTOLI, *Apol. del Savonarola*, pág. 331. Florencia, 1782, en 4º.

memoria de los adolescentes, esculpiendo en ella, mientras se hallaban en la edad más tierna, la historia de los Santos y de los mártires, que habían honrado la Iglesia con virtudes mucho más heroicas que las de los hombres ilustres de Plutarco (1). El mal causado por los abusos introducidos en la educación pública estaba agravado y reproducido bajo formas aun más peligrosas por los artistas, entregados á todas las inspiraciones profanas que emanaban de sus protectores ó de otra parte. Los monumentos del arte pagano, convertidos en objetos de una especie de culto en el palacio de los Médicis, habían alterado insensiblemente la idea de lo bello, cual se había entendido hasta entónces por los pintores y escultores cristianos. El naturalismo, animado por la creciente relajación de costumbres, había tomado abiertamente posesión de los lugares santos, y la profanación cometida por Felipe Lippi (2) se renovaba cada día. En los sitios reservados en los altares á la Virgen, á la Magdalena y aun á San Juan, se colocaban retratos de hermosas jóvenes, con frecuencia demasiado conocidas, y á su alrededor, sin respetar el sacrificio, se agolpaba un clamoroso concurso de personas curiosas y de profanos (3).

En esta especie de representaciones todo estaba calculado de modo que depravase la imaginación de los espectadores; se ostentaban con impudencia desnudeces llenas de atractivo, y en lugar de dar á la Virgen y á las santas mujeres el traje tradicional, se las vestía de modo que parecían cortesanas. Savonarola, al ver esto, reprendía á los pintores con el acento de la más viva indignación, preguntando el derecho que les asistía para ostentar de aquella suerte sus propias vanidades en las iglesias, y repitiendo que la Virgen «iba vestida sencillamente, como pobre que era, viéndosele apenas el rostro... Vosotros vestís á la Virgen María como una prostituta...» que la belleza celestial de su rostro era como el reflejo de la santidad de su alma, por lo cual dice Santo Tomás, que ningún hombre la miró con ojos lascivos (4).

Y según parece, esta licencia desmedida había causado ya bastante mal, pues Savonarola afirmaba, que si los artistas hubiesen sabido como él todo el escándalo que había producido tal inmodestia en las almas sencillas, se hubieran horrorizado de su obra. Los pinceles eran aun más licenciosos cuando decoraban palacios ó casas particulares, donde vagaba el paganismo á rienda suelta, y hacía entrar por los ojos en el espíritu de los adolescentes lo que en otros puntos les comunicaba por el órgano del oído. Las Virgenes colocadas en los oratorios, lejos de edificar á la familia que se reunía á orar allí, producían muchas veces el efecto contrario, y si un piadoso ciudadano, con solicitud paterna, se mostraba disgustado de semejantes lascivias y pedía una Virgen en que la mirada, la edad y el carácter fuesen un preservativo contra todo pensamiento impuro, el artista maligno se la pintaba con barbas largas (5).

La primera prenda que Savonarola exigía de los padres que se iban convirtiendo, era abandonar todas las desnudeces que ofendían el pudor hasta en su asilo

quería se enseñase á la juventud la historia del Redentor y de los Santos. BARTOLI, *Apol. del Savonarola*, pág. 331. Florencia, 1782, en 4º.

(1) Repite muchas veces esta exhortación. Véase el sermon del martes, despues del IV domingo de cuaresma.

(2) Retrató á una novicia de un monasterio para pintar la Anunciación de la Virgen, y se aprovechó de la ocasión para seducirla.

(3) Sermon del sábado, despues del II domingo de cuaresma.

(4) Id., y sobre la hermosura de la Virgen. Sermon del viénes, despues del III domingo de cuaresma.

(5) Burla hecha por Nunziata, pintor excelente, para hacer girándulas en la fiesta de San Juan... Lo refiere Vasari en la *Vida de Ghirlandajo*.

mas sagrado, esto es, la habitación materna, oponiendo á su ligero modo de pensar en materia tan importante la severidad de Aristóteles, que con solo las luces de la filosofía pagana, había alcanzado á ver lo suficiente para mostrar en su *Politica* el peligro de exponer á los ojos de los niños figuras deshonestas (1).

Pero ¿de qué servía la destrucción de todos los monumentos profanos, si el principio que les había dado origen no era combatido hasta en la raíz, y si las imaginaciones no se veían libres enteramente de la influencia anticristiana? Para intentar esta obra, una de las más atrevidas de que se ha hecho mención en la historia del entendimiento humano, se requería nada ménos que el genio de Savonarola, y su incontrastable fe en la divinidad de su misión.

Sin acudir á los largos rodeos del método analítico, fray Jerónimo había advertido que la decadencia de las bellas artes coincidía con la del culto entre los Cristianos, y había deducido de aquí que la regeneración del uno llevaría consigo la del otro. Se dedicó, pues, á inculcar vigorosamente en su auditorio la necesidad del culto interno en las relaciones con las necesidades del alma, y á explicar el sublime significado de las armonías prácticas de la Iglesia Católica, y el papel elevado que el arte debía representar en ellas (2). Ilustrando de este modo el verdadero sentido, ya alegórico, ya místico, de tantos usos y de unas instituciones adaptadas tan admirablemente á las inteligencias más sencillas, abría de nuevo á los artistas un minero puro y rico á la par, y que bajo ningún concepto habían agotado sus predecesores.

Pero, en este punto, los viejos se manifestaban tan endurecidos como en lo relativo á la literatura profana, y su ejemplo fué seguido casi generalmente por los que les sucedían; de suerte que solo en la generación colocada entre la infancia y la edad madura (3) fundó Savonarola sus más lisonjeras esperanzas para lo porvenir; esperanzas que cultivó durante ocho años consecutivos con amor sin igual, y que le sonrieron en las pruebas á menudo amarguísimas que le suscitó la ira implacable de sus enemigos.

Disponer y asegurar el triunfo del arte, de la poesía y de la fe cristiana para una era nueva, que debía empezar gloriosamente con el siglo xvi, y en Florencia ántes que en ningún otro punto, como recompensa de sus riquezas espirituales (4), era el objeto que Savonarola se proponía al impregnar el corazón y la imaginación de la juventud con aquel exquisito perfume de piedad tierna é infantil, cuya fragancia suele durar mucho tiempo en la vida.

El éxito superó de tal modo á sus esperanzas, que él mismo no creía poderlo atribuir sino á la intervención milagrosa de la misericordia divina, y era más tierna que nunca la efusión de su reconocimiento hácia el autor de tan gran beneficio (5). Su corazón experimentaba una alegría tan dulce, que parecía la prevision de la recompensa celeste. En muchos pasajes de aquel discurso se ve que la inocencia de la primera edad le inspiraba no sé qué sentimiento exaltado, semejante á la adoración: decía que un niño, que se conserva inmune de todo pecado despues de

(1) Sermon del I domingo de cuaresma.

(2) Mira aquel Santo que está en la Iglesia y di: Quiero vivir con rectitud y parecerme á él. Sermon del sábado, despues del I domingo de cuaresma.

(3) Prohibió llevar á sus sermones niños menores de diez años.

(4) Florencia es la ciudad de Dios... Aquí se hace más bien que en otras partes. Sermon del I domingo de cuaresma. — Florencia, ven acá: dices que eres pobre; y yo digo, que en cuanto á riquezas espirituales, eres la ciudad más rica de toda Italia. Sermon de la víspera del domingo de Ramos.

(5) Véase al fin del sermon para el I domingo de cuaresma la hermosa paráfrasis de aquel versículo. *Ex ore infantium et lactentium perfectisti laudem*. Este sermon es admirable desde el principio al fin.

usar del libre albedrío, adquiere una pureza de espíritu y de corazón tan grande, que los ángeles vienen á menudo á hablar con él (1). Hacía, pues, que esta predilecta porción de su auditorio elevase plegarias á Dios, con objeto de obtener fuerzas para él cuando se sentía debilitado, y magistrados virtuosos para Florencia cuando se trataba de nuevas elecciones (2).

Espectáculo extraordinario era para los Florentinos el ver aquella juventud, poco ántes bulliciosa, indisciplinada, indócil al freno de las leyes, someterse á un método de vida tan contrario á sus hábitos y á su impetu natural, apasionarse por los ejercicios piadosos hasta el punto de no pensar en otra cosa durante siete años consecutivos. En la casa paterna se recitaba el rosario y las horas de Nuestra Señora, según las edades de cada uno; y principalmente se uniformaban, con arreglo á la capacidad individual y á la educación cristiana recomendada por Savonarola. De fuera asistían á todos los sermones, y la víspera de las solemnidades iban en cuadrilla á tejer guirnalda de oliva, y se sentaban sobre la yerba, dispuestos en grupos que formaban otros tantos coros, cantando himnos á Dios y á María; los que pasaban cerca de aquel sitio decían que la reunión les había parecido una verdadera escena del paraíso (3).

Estos himnos, compuestos en su mayor parte por buenos poetas, y cantados al son de aires conocidísimos, constituían uno de los medios más eficaces empleados por Savonarola para llevar á cabo la regeneración meditada. Sabía que la costumbre de reunirse todos los sábados por la noche, despues de la hora nona, en las principales iglesias de Florencia, con objeto de entonar cánticos espirituales, en coros alternados, ante una imagen de la Virgen, que despues se cubría de nuevo en medio de un concierto de voces, órganos y campanas, traía su origen, sin interrupción, desde el siglo xiii, siendo tal su importancia, que se nombró un capitán de los cantores de himnos; sabía que, todo el tiempo que había durado el interdicto de 1376, hombres, mujeres, y muchachos, se agolpaban cada noche en las iglesias para consolarse de la interrupción del culto con aquellos cánticos; y él mismo veía una compañía de trompetas, arreglada en otro tiempo á expensas del público, para acompañar en la guerra el carro triunfal, y en la paz al prior y al gonfalonero, que acudía todos los sábados á la plaza del Palacio Viejo á tocar aires nacionales en honor de la justicia hecha al pueblo en la semana que acababa de espirar (4). Por otra parte, no ignoraba la hoga creciente de los cantos licenciosos, compuestos para los festines y las orgías del carnaval, y deducía legítimamente de sus observaciones, combinadas con las tradiciones históricas, que la música tenía un grande imperio sobre la imaginación de los Florentinos y podía multiplicar el mal causado por el estro satánico de algunos poetas. Resolvió, pues, extender á ella su reforma.

Aquí también el problema era insoluble respecto de los ancianos; pues el arrancar de su memoria las deshonestidades que acumulaban allí como otros tantos adornos, era empresa más árdua que la de limpiar los establos de Angias. Solo, pues, á la infancia y á la juventud podía aplicarse la idea del reformador, y en este límite su triunfo sobre la música profana fué tanto más completo cuanto que lo celebró cabalmente en los días del carnaval, en medio de los cánticos piadosos y de las bendiciones de una inmensa multitud.

Dos objetos se proponía en su reforma música: primero, poner en moda el canto llano, expresivo y majestuoso de los himnos recibidos en la Iglesia desde

(1) Sermon del domingo de Ramos, hecho expresamente para los niños.

(2) Sermon del néves, despues del I domingo de cuaresma.

(3) Sermon del domingo de Ramos.

(4) *L'Osservatore fiorentino*, tom. I, pág. 139 y siguientes.